

JOHN DONOGHUE

# LA PARTIDA FINAL

Traducción de Albert Fuentes

 Planeta

# 1

## EL GAMBITO LETÓN

1944

*Auschwitz III, Monowitz*

Cae la tarde y reina el silencio en el campo. El crudo viento de febrero sopla del este y se cuela por los caminos entre los barracones de madera, aguardando el regreso de los presos, uno más que añadir a la larga lista de enemigos que los acechan. De todos es sabido que el viento en Auschwitz posee una lengua extraña. No habla del mundo exterior, del sol sobre las montañas distantes o de la nieve que cae ligera sobre las calles de las ciudades. Solo lo hace de lo que ve a este lado de las vallas electrificadas que rodean el campo, del hambre y las privaciones, de la soledad entre las multitudes que malviven aquí, de la muerte. Las lámparas de arco penetran en la oscuridad y colman el patio de armas de una luz antinatural, brillante, que proyecta unas sombras nítidas entre los postes de la alambrada que rodea el campo. Hay hambre. El hambre es otro de los enemigos, constante, pertinaz e insistente, un vacío voraz en la boca de cada estómago que ni la ración de pan matutina ni la aguada sopa de la noche pueden aplacar.

El agotamiento es otro de los enemigos, pero el campo no puede descansar. Es imperativa una vigilancia constante para prevenir cualquier infracción de las normas, normas no escritas, inescrutables e incomprensibles, normas que pueden crear-

se de un momento a otro, normas cuya única finalidad es multiplicar las posibilidades de sufrimiento. Cada una de esas normas, esté o no escrita, sea o no conocida, es otro enemigo: el campo se halla en guerra y para cada preso la única medida de la victoria es haber logrado sobrevivir un día más.

En su cálido despacho en el edificio de la *Kommandantur* que preside el campo, el teniente Paul Meissner mira por la ventana con una taza de café en la mano. El café es muy bueno, no como el sucedáneo que reciben los soldados del frente, porque el trabajo que hay que hacer en los campos es arduo y tiene una importancia capital para el bienestar del Reich. Meissner se acerca la taza a los labios y saborea la intensidad del aroma. Es un momento de tranquilidad: unos nubarrones plomizos cubren el horizonte. Le duele la pierna; señal inequívoca de que nevará antes del día siguiente.

Meissner es un hombre alto, incluso para ser alemán. Tiene el pelo castaño, pero sus ojos son de un azul centelleante, tanto que casi resultan turbadores. Es una rareza en el campo de concentración: un *Waffen-SS*. El cuello de su chaqueta luce la doble runa plateada, esos dos relámpagos sobre fondo negro, no la calavera de los SS responsables del campo, que pertenecen a las *Totenkopfverbände*.<sup>\*</sup> Cuando camina, lo hace con una visible cojera, un regalo de despedida de un tanque ruso. Es una condecoración: en el campo, son muy pocos los hombres que han servido en el frente. Ahora, desgrana sus días en la *Abteilung I*, a las órdenes del comandante del campo. Tiene encomendada la misión de supervisar los múltiples campos satélite que quedan bajo el paraguas de Auschwitz; en especial, el viejo *Zwangsar-*

\* Las SS se dividían en tres organizaciones principales: la general o *Allgemeine-SS*, la militar o *Waffen-SS*, y los guardas de los campos de concentración, encuadrados en las *Totenkopfverbände*, o Unidades de la Calavera. Sus integrantes se distinguían por lucir una calavera en la solapa derecha del cuello de sus chaquetas.

*beitslager für Juden*, Fürstengrube y Blechhammer, además de otros que están todavía más lejos. Es el responsable del personal de las SS y tiene a sus órdenes a dos sargentos y sus respectivos escuadrones, que obran milagros cotidianos con las listas de hombres y los transportes.

El principal quebradero de cabeza que tiene Meissner es la fábrica Buna de la IG Farben, el laberíntico complejo industrial para el que se construyó el campo de Monowitz. La fábrica explotará los yacimientos de carbón de los alrededores para producir combustible y caucho sintético, fundamentales para la maquinaria bélica del Reich, pero la construcción acumula varios meses de retraso y, de momento, no se ha obtenido ni una sola gota de combustible ni tampoco un solo gramo de caucho.

De pronto la calma se interrumpe. La orquesta del campo ha empezado a tocar. Es una alegre marcha militar. Meissner intenta recordar el nombre de la canción, pero se le resiste. Echa un vistazo a su reloj. ¿Cómo es posible que el día haya pasado tan rápido?

Unos minutos después, tras concluir su jornada en la fábrica, los presos empiezan a llegar al campo. La escena es tan absurda que casi resulta cómica: cadáveres andantes vestidos con uniformes de rayas azules, desfilando al compás de la alegre melodía de la orquesta. Algunos de los *Kapos*\* incluso han ordenado a sus hombres que canten. Los conducen directamente al patio de armas, donde deben formar en columnas de cinco en

\* Las SS elegían a presos concretos, los llamados *Prominenten*, para que se ocuparan de gestionar los campos. Solían ser alemanes condenados por delitos comunes o políticos. Los *Ältesten*, o veteranos, se ocupaban de la administración de los dormitorios; los *Kapos* supervisaban los pelotones de trabajo o *Kommandos*. Se les concedían ciertos privilegios, siempre que mantuvieran el orden entre sus compañeros de presidio. A fin de conservar sus privilegios, los *Prominenten* a veces se empleaban con una violencia pavorosa: existen numerosos testimonios sobre presos a los que apalearon hasta la muerte por infracciones leves o imaginadas.

fondo. Los primeros en llegar tendrán que soportar el frío mientras esperan al resto. Hay más de diez mil presos y pasará un buen rato hasta que todos hayan formado y pueda empezar el recuento.

Entre los internos, hay un recién llegado de Francia. Todavía no muestra el rostro ojeroso y espectral del campo, y, aunque ha perdido peso y el uniforme le cuelga de los hombros como si fuera una bolsa, parece que su estado de salud aún es bueno. Tenía un nombre, pero eso fue en otra vida, una vida con un sentido más allá de la lucha cotidiana por la supervivencia. Se llamaba Emil Clément y era relojero. Ahora sencillamente es el prisionero número 163291.

A ojos del Reich, Emil es culpable de un crimen para el que no existe perdón: es judío.

Se hace el silencio en la plaza. Empieza el recuento. Los presos deben formar en posición de firmes e ignorar el cruel abrazo del frío sobre sus cuerpos demacrados. El campo espera, atenazado por una angustia sorda. Si los números no coinciden, el recuento tendrá que repetirse, desde el principio. Pero no esta noche. El suboficial encargado de hacer el recuento queda satisfecho y les ordena retirarse. Podría esperarse un suspiro de alivio colectivo, pero no: los presos simplemente pasan de un suplicio a otro. No pueden malgastar sus energías en suspiros.

Emil se derrumba en su catre. Pasa los días en un taller mecánico, fabricando diminutos mecanismos de repuesto para los múltiples instrumentos técnicos que miden y regulan los procesos que son el alma de la Buna. Su trabajo no es muy distinto del que solía hacer cuando fabricaba los engranajes de un buen reloj. Sin embargo, hoy lo han destinado a un *Kommando* de trabajo porque no había electricidad y ha tenido que descargar sacos de cemento de los vagones de un tren y llevarlos a un almacén. Nunca se ha sentido tan cansado, le duelen todos los músculos y nervios del cuerpo, y tiene los pies en carne viva por

culpa de los incómodos zuecos de madera que los obligan a llevar. Es tal el agotamiento que incluso el clamor incesante del hambre se suaviza.

Comparte catre con otro francés, Yves. Llegaron a Auschwitz en el mismo transporte desde el campo de internamiento de Drancy, aunque no se conocieron hasta que les asignaron la misma cama. Al principio, la idea de tener que compartir lecho con otro hombre, con un desconocido, le dio asco. Ahora sabe que es un afortunado: es el único momento del día en que se siente abrigado. Han trabado una fuerte amistad y cuidan el uno del otro. Si uno de ellos tiene suerte y consigue algo de comida —la mercancía más preciada del campo—, la comparten, no como los otros presos de su bloque. Emil se ha fijado en que lo habitual es no querer saber nada de los demás; la existencia de los presos es tan precaria que no soportan la idea de compartir nada. Esa soledad es la causante tanto de su debilidad como de la fuerza de quienes están al mando. Auschwitz es un campo dividido contra sí mismo.

Yves se sube al catre. Están en la litera superior. «Hazme sitio», dice. Emil refunfuña mientras obliga a su cuerpo derrengado a obedecer. Yves sonríe: «Hoy he tenido un buen día». Le ofrece algo a Emil. Es un mendrugo de pan negro. «Uno de los polacos ha dejado tirada una chaqueta de lana. Cuando nadie miraba, la he organizado.» En la jerga del campo, *organizar* significa robar. Los presos se ven obligados a organizar cosas si quieren sobrevivir. Y, conforme a las normas absurdas de Auschwitz, la práctica del hurto es alentada, pero severamente castigada si descubren al ladrón. «Me la escondí debajo de la chaqueta.»

Esa prenda es un botín extraordinario, aunque peligroso. Será difícil mantenerla escondida mucho tiempo: mejor cambiarla por otra cosa. En el lavabo que hay en el rincón del campo más alejado de los barracones que ocupan los hombres de las SS, se desarrolla un mercado floreciente. Cada día, cuando se da

por concluido el recuento, cientos de presos acuden a toda prisa a ese punto, algunos para vender, otros para comprar. Es un mercado de compradores, porque todos los estómagos están vacíos y la moneda del campo es el pan. A quienes tienen los ojos derrotados por el hambre se les puede convencer de que vendan su mercancía por una miseria entre el griterío del regateo. Una cuchara y un cuchillo: todos los presos los necesitan, pero las autoridades del campo no los proporcionan. Hay que comprarlos. Y es en ese mercado donde se intercambian junto con otros artículos que los presos han conseguido *organizar*.

—¿Qué has hecho con la chaqueta? —pregunta Emil.

—Se la he vendido al veterano del bloque dieciséis. Me ha dado dos raciones de pan a cambio.

Es un precio justo. Comen el pan en silencio, saboreando cada bocado, aunque les duele saber que sus compañeros de barracón están muertos de hambre. Nadie los molestará. Es una regla no escrita entre los presos. Todos harían lo mismo si tuvieran la oportunidad.

Pronto se apagan las luces y el campo se sume en un inquieto sopor. Al cabo de apenas unas horas volverá a comenzar el duro trabajo.

Yves se alegra de que le haya tocado en suerte a Emil como pareja. Es un hombre amable y cultivado. Hablan incansablemente sobre cómo era Francia antes de la guerra. Además, Yves siente curiosidad por la pasión que muestra Emil por el ajedrez.

—Vuelve a explicarme lo del gambito letón —le pide en voz baja, en la oscuridad.

1962

*Gran Hotel Krasnapolsky, Ámsterdam*

La entrevista estaba a punto de concluir. Aun así, el periodista, un perro viejo que sabía sacar lo mejor y lo peor de sus entrevistados, todavía no había formulado la pregunta. Por fin, con la astucia de un hechicero, se decidió a deslizarla: «Lo que a muchos de nuestros oyentes les gustaría saber es cómo fue su paso por Auschwitz».

El hombre que tenía sentado enfrente acomodó su larguirucho esqueleto en la silla y soltó un suspiro. Miró la grabadora como si deseara que las bobinas dejaran de girar. Una vez más le hacían la pregunta; una vez más, el pisotón en el freno que paraba en seco el curso de su vida. Auschwitz, después de casi veinte años, seguía persiguiéndole a todas partes. Dar testimonio de aquel horror era una obligación, pero también una losa muy pesada. No esperaba que le obligaran a hacerlo allí. Alzó la cabeza para mirar a su torturador. Tenía los ojos de un gris turbio, deslavado, como un cielo que amenaza tormenta. Eran unos ojos que parecían ver más allá del objeto de su atención y penetrar en profundidades y secretos que convenía mantener escondidos.

El entrevistador reprimió un escalofrío. Al darse cuenta del silencio que se había abatido entre ellos, se sintió obligado a romperlo.

—Su reticencia a hablar de ello es perfectamente comprensible...

—¿Reticencia? —La palabra salió escupida de sus labios, como si le hubieran sorprendido mintiendo—. No, la verdad es que no. No es reticencia, sino más bien que no sé qué podría explicar sobre eso. Se ha hablado tanto que quizá no quede mucho que contar. Es complicado. Si empiezo a hablar, ¿adónde nos conducirá? Luego, por supuesto, también me preocupa un poco no saber qué quiere usted en realidad. —Los largos y finos dedos del hombre aferraron inconscientemente los brazos de su silla—. ¿Quiere saber cómo fue realmente estar en un campo de exterminio? ¿O quiere que le cuente historias escabrosas sobre lo que había que hacer para sobrevivir?

El entrevistador sabía que no podía quedar como un insensible ante sus oyentes, de modo que cambió de estrategia.

—En su libro escribió que no creía que ningún alemán, después de haber vivido la guerra, no estuviera manchado por lo que había ocurrido en los campos. Podríamos llamarlo culpa por silogismo. ¿De verdad considera que... que todos los alemanes son culpables? ¿Acaso no hubo buenas personas entre los alemanes?

La pregunta no suscitó la respuesta esperada. El hombre bajó la cabeza y se pasó la mano por su escaso pelo.

El entrevistador sintió la necesidad de aguijonearle.

—¿*Mijnheer* Clément?

—Es como si todo el mundo esperase de mí que dedicara los años de vida que me quedan a buscar a un buen alemán. ¿Por qué? ¿Para que pueda pedirme perdón? No hay perdón que valga. ¿Quiere a un buen alemán? Permítame que le diga algo, yo no he visto a ninguno. Ni uno solo. —Clément pronunció las últimas palabras despacio y con claridad.

El entrevistador, intuyendo que había algo más, insistió.

—No lo mencionó en su libro, pero ¿no es verdad que hubo un alemán que salvó la vida de su mujer?

Clément lanzó una mirada severa a su interrogador.

—Sí, es verdad, hasta cierto punto. No lo incluí en mi libro porque estaba escribiendo sobre mis vivencias, no sobre las de mi mujer. Pero voy a decirle lo que le ocurrió a ella, aunque solo sea para terminar con el mito del buen alemán. —Su voz se había tornado dura y tensa, como si le costara mantenerla bajo control. Tomó un sorbo de agua antes de continuar—. Ambos sobrevivimos al campo, aunque ni ella ni yo sabíamos qué había sido del otro. Tardé varios meses en encontrarla. En su registro de entrada en Auschwitz figuraba como fallecida. «Tiroteada durante un intento de fuga», ese era el eufemismo que solían emplear cuando torturaban a alguien hasta matarlo. Pero no había muerto. Estaba en Austria, en Mauthausen. En el hospital. Tenía la escarlatina. Si no hubiera estado tan delicada... —Se le quebró la voz y carraspeó para recuperar el aplomo—. Solo pensaba en pedirme perdón. ¿Por qué?, le preguntaba yo. No puedes reprocharte nada. No tienes ninguna culpa. Eso era lo que le decía, pero ella insistía y, poco a poco, me contó lo que había tenido que hacer para sobrevivir.

»Salvó la vida gracias a una nota. Sí, una simple nota. Una nota como la habría podido escribir cualquiera, por cualquier motivo: la lista de la compra, un recordatorio, una disculpa, una exigencia de pago, un encargo. No era más que una bolita de papel que le golpeó levemente la nuca antes de caer al suelo. Entendió enseguida que se la había tirado uno de los guardas. La escondió con el pie y echó un vistazo para ver quién podía haber sido. Había dos hombres de las SS cerca; tenía que ser uno de ellos. Se agachó entonces para recogerla y pidió permiso para ir a las letrinas. En la nota había escritas solamente dos palabras: “¿Tienes hambre?”.

»Era un alemán, uno de los guardas. Sí, le salvó la vida, pero a ella le costó su dignidad y su amor propio. Aquel hombre le salvó la vida, pero habría sido mejor que no lo hiciera, porque creía que me había traicionado, no solo a mí, sino también la

memoria de nuestros hijos. ¿Cómo iba a merecer seguir con vida cuando ellos la habían perdido? Como yo o cualquier otro superviviente de los campos, mi esposa no pudo hacer frente al instinto que le reclamaba elegir la vida, pero luego no pudo perdonarse haberse rendido a ese instinto. —Clément cambió de postura en la silla, inclinándose hacia delante y señalando con el dedo índice al entrevistador como si quisiera regañarlo. Su voz adoptó un tono duro, amargo—. Me pregunta usted si aquel hombre fue un buen alemán... Bueno, si está bien aprovecharse de personas indefensas, de quienes no tienen nada, de quienes han sido abandonados a su suerte sin esperanza, entonces ese hombre era bueno. Pero, en lo que a mí respecta, lo que hizo fue miserable.

Emil Clément salió del Gran Krasnapolsky al bullicio de la plaza Dam y volvió a pie a su hotel, un establecimiento más humilde con vistas al canal Singel. No estaba lejos. Desde su habitación se veía un puentecillo sobre el que los ciclistas parecían deslizarse con ese estilo soñador que los moradores de Ámsterdam han hecho suyo.

Emil se preguntó por la insistencia que había mostrado el entrevistador. Le había sorprendido con la guardia baja. No era precisamente un político o un artista famoso; era un jugador de ajedrez, nada más. Se sintió turbado. Tal vez no debería haber vuelto directamente al hotel. Se quedó ensimismado frente a la recepción.

—¿Puedo ayudarle en algo, *mijnheer* Clément? ¿Quiere su llave?

Emil echó un vistazo al individuo que le hablaba detrás del mostrador, un hombre grueso, de más de sesenta años.

—Sí, quizá sí pueda ayudarme. ¿Hay algún sitio donde se pueda jugar al ajedrez en esta ciudad? Una plaza o un parque, algo así.

El hombre sonrió.

—Desde luego que sí. Debe ir al Leidseplein. Estoy seguro de que encontrará a alguien con quien echar una partida. Está bastante lejos, pero puede tomar el tranvía desde la plaza Dam. No tiene pérdida.

Clément dijo que no con la cabeza.

—Gracias. Prefiero ir a pie. Me vendrá bien un poco de aire fresco.

Lijsbeth Pietersen caminaba por los pasillos dorados del hotel Krasnapolsky con toda la rapidez que le permitían su recato y sus tacones altos. Llevaba en la mano un papel importante, muy importante: su contenido podía echar al traste el Torneo Interzonal de la Federación Internacional de Ajedrez —para cuyo inicio faltaban dos días—, antes incluso de que se moviera el primer peón. Lijsbeth se tomaba muy en serio sus obligaciones. El Interzonal era importante: sus primeros clasificados disputarían el Torneo de Candidatos y, de ahí, saldría el rival que se enfrentaría al campeón del mundo.

Al llegar a la habitación que se había reservado para el árbitro principal del torneo, Lijsbeth se paró un momento para serenarse antes de llamar a la puerta. Dentro, un hombre vestido con un traje oscuro estaba de pie junto a una ventana, contemplando con gesto absorto el ir y venir de la gente que pasaba por la plaza. Se volvió cuando ella entró.

—Señorita Pietersen —dijo esbozando una sonrisa forzada—. ¿A qué debo el honor esta vez?

Con ceremonioso esmero, ella colocó el papel sobre la mesa que los separaba, alisándolo contra el tablero encerado.

—Sé que ya lo ha visto, *mijnheer* Berghuis —repuso ella, intentando que no se le notara la furia en la voz—. Me gustaría saber por qué no ha considerado oportuno informarme y qué se propone hacer al respecto.

Harry Berghuis sacó unas gafas del bolsillo superior de su chaqueta. Durante la semana anterior, Lijsbeth Pietersen se había convertido en poco menos que un incordio. Él era el árbitro principal del torneo; ella, simplemente la organizadora, detalle que parecía costarle captar. Berghuis se sentó a la mesa y cogió el papel.

Era una copia del sorteo de los emparejamientos de la primera ronda del torneo. Le echó una ojeada y la dejó caer sobre la mesa.

—No entiendo por qué está tan disgustada —dijo—. Y, respondiendo a su pregunta, no pretendo hacer nada al respecto. Las partidas se disputarán según el sorteo, como se ha hecho siempre.

Ella le dirigió una mirada que decía mucho de la opinión que le merecía la inteligencia del árbitro. Sacó un bolígrafo y dibujó un círculo alrededor de dos nombres.

—Mire.

Berghuis volvió a concentrarse en el papel y negó con la cabeza desconcertado.

—¿Qué?

—Emil Clément y Wilhelm Schweninger han quedado emparejados en la primera ronda.

—A ver, señorita Pietersen. De verdad le recomiendo que aprenda a expresarse con más claridad. No entiendo a qué viene tanto alboroto.

—Emil Clément es el representante de Israel. Es un superviviente de Auschwitz. Escribió un libro sobre sus experiencias que fue un éxito de ventas. Dice que no hay alemán bueno.

—Y Schweninger es alemán. —Le echó una mirada despectiva—. ¿Y qué?

—Schweninger no es un simple alemán. Durante la guerra, trabajó para el Ministerio de Propaganda.

—¿Y? —preguntó Berghuis después de soltar un suspiro.

Lijsbeth torció el gesto. ¿De verdad llegaba a ser tan obtuso ese hombre?

—Si querías entrar a trabajar en el Ministerio de Propaganda, tenías que afiliarte al partido nazi. —Dio un paso hacia la mesa y puso las yemas de los dedos sobre su superficie, inclinándose hacia él—. ¿Entiende ahora el alboroto?

A Berghuis no le gustó el tono de la pregunta. Sintió que la cara le ardía y se llevó las manos al cuello de la camisa para intentar abrirlo. Esperaba encontrar un motivo para olvidar lo que le estaba diciendo.

—Muchos alemanes se afiliaron al partido —replicó—. ¿Lo condenaron por crímenes de guerra?

—Da igual si lo condenaron o no. La prensa se pondrá las botas si se entera de esto.

Berghuis volvió a coger el papel como si esperase que la solución a aquel entuerto se le presentara como por ensalmo con solo mirarlo.

—Demonios —dijo en voz baja—. ¿Qué propone?

—La única alternativa es volver a sortear los emparejamientos, asegurándonos de que no se vean las caras a menos que sea en la final.

—No —respondió Berghuis negando con la cabeza—. Eso es imposible. Ya hemos enviado el cuadro a todos los participantes.

—Podríamos decirles que ha habido un error, que hay que volver a celebrar el sorteo.

—Pero ¿qué error? El sorteo se celebró delante de veinte personas como mínimo.

Lijsbeth no pudo morderse la lengua.

—Quizá ahora entiende por qué debería haberme confiado a mí la revisión de los antecedentes de los participantes. No basta con redactar unas biografías de familias felices para la prensa.

Berghuis bajó la cabeza.

—Está bien —dijo asintiendo—. Pero eso no es lo que más me preocupa ahora mismo. Tenemos que decidir qué hacemos. Si volvemos a sortear los emparejamientos, alguien puede sos-

pechar que hay gato encerrado y entonces tenga por seguro que la prensa meterá las narices en el asunto. No, habrá que apechugar con lo que tenemos y rezar por que ocurra un pequeño milagro.

—¿Insinúa que debemos quedarnos de brazos cruzados y confiar en que nadie ate cabos? —Lijsbeth obsequió a su jefe con una sonrisa condescendiente. Era un pequeño triunfo, pero no por ello menos satisfactorio—. En fin, supongo que sabe lo que hace. Usted manda.

A sus cincuenta años, Emil Clément era un hombre alto y flaco. Tenía el pelo negro, con entradas, y una barba de tres días que le cubría la mitad inferior del rostro. Al descender por la escalera del hotel se subió el cuello del abrigo. Aunque corría el mes de abril, soplaba un viento gélido del mar del Norte que traía chubascos intermitentes, bastante distinto del tiempo al que se había acostumbrado en los últimos años.

Enfiló por la orilla del canal en dirección sur hasta llegar casi a su desembocadura. Estaba buscando la calle Leidsestraat y, cuando la encontró, dobló a mano derecha. Después de cruzar tres canales, llegaría a su destino. La lluvia empezó a azotarle la cara y se estremeció. Se cernían unos negros nubarrones. Podría considerarse un hombre afortunado si encontraba a alguien lo bastante insensato para jugar al ajedrez en la plaza.

Cuando llegó al borde oriental del Leidseplein había empezado a llover a cántaros. Evidentemente, la plaza estaba desierta, a excepción de un puñado de almas intrépidas que la cruzaban a toda prisa, gente que se peleaba con el paraguas o que corría a cobijarse en las entradas de las tiendas. Emil se metió en el café más cercano.

El camarero estaba limpiando la barra con un paño que había visto tiempos mejores.

—*Nog regent het?*

—Lo siento —respondió Emil en inglés—. No hablo neerlandés. ¿Habla usted francés? ¿Alemán?

El camarero sonrió.

—*Ja, ich kann gut Deutsch sprechen.*

Emil pidió un café y dijo:

—Me han explicado que podría jugar al ajedrez por aquí.

El camarero le indicó con el pulgar una salita que había al final del establecimiento.

—Puede ser que encuentre un par de partidas ahí al fondo. Tenga en cuenta que son parroquianos, así que es posible que deba esperar un ratito antes de jugar.

Le sirvió el café en la barra. Emil le dio unas monedas.

—Descuide —dijo—. Me basta con mirar.